ESTUARDO NÚÑEZ Y LA TEORÍA SOBRE LIMA DE HERMAN MELVILLE*

Carlos Eduardo Zavaleta

A quienes hemos sido y aún somos discípulos de Estuardo Núñez, nos satisface íntimamente este homenaje en el seno de un Instituto del cual él fue promotor y guía durante años. Un tronco de viejo roble como él es y debe ser el centro, el imán que reúna amigos y admiradores en torno al significado multicultural de su obra.

Pocas veces en la historia peruana, un hombre laborioso y visionario como él no eligió la política para gobernar o medrar, sino buscó la razón en medio del desorden, y asimismo el goce estético, para difundirlos en los demás como una sombra benigna. Los maestros son, por fortuna, hombres reales, pero con sus ejemplos se vuelven una fuerza poderosa, invisible, y se quedan en el aire de nuestra respiración, digo, en el ambiente, en la época, y por ello es fácil convocarlos mediante sesiones como ésta.

Él enseñó en la universidad de San Marcos desde 1946. Dos años más tarde, yo llevé su curso de Teoría Literaria,

Conferencia en el Instituto Cultural Peruano - Norteamericano, octubre 2004.

donde él además se explayaba en temas de literatura comparada. Los alumnos recibimos el minucioso encargo de bucear en el menudo laberinto de *las traducciones literarias en el Perú*, desde el Inca Garcilaso en adelante. Luego, al publicarse su ensayo en la revista *Mar del Sur* (julio-agosto 1951), vimos en conjunto la hazaña de innumerables voces, trayéndonos a las otras distantes para un deleite casi personal. No habrá amor literario más devoto que el de la traducción. Y Nuñez fue tan generoso que inclusive vimos en letras de molde nuestras modestas contribuciones. Hasta hoy en día, es el mejor estudio panorámico al respecto.

De algún modo, a él le debo mis primeras lecturas de Shakespeare, Pound y Eliot. A él le entregué las copias de mis primeras tesis sobre Faulkner, y tuve además la suerte de verlo sentado en ambos jurados – los del bachillerato y del doctorado – que presidieron las ceremonias. En 1956, él publicó su primer libro medular sobre influencias de *Autores ingleses y norteamericanos en el Perú*. Hasta hoy en día es asimismo el mejor libro al respecto. Está lleno de noticias no sólo eruditas, sino de las otras, pintorescas y aun espectaculares. ¿Quién, si no Núñez, por ejemplo, podía estudiar los vínculos entre el sabio Hipólito Unánue, y sus plausibles *Observación sobre el clima de Lima*, con las *Notas sobre el Estado de Virginia*, de Thomas Jefferson? Además, Unánue fue un juicioso admirador del poeta John Milton, y por otro lado, vivió la tristeza sin remedio del joven viudo que trató de consolarse leyendo a otro poeta y joven viudo, como Edgar Young (1687-1765), en su famoso libro *La queja, o los pensamientos nocturnos de vida, muerte e inmortalidad* (1742). Por otra parte, Núñez llama a José Joaquín Olmedo el “traductor ejemplar de Alexander Pope”, en especial del volumen titulado *Ensayo sobre el hombre*, y él estudia asimismo los lazos fructíferos entre el citado poeta y Juan de Arona. Aparte, Núñez inició en el país los estudios sobre Shakespeare, cuya suerte entre nosotros ha sido tan variada que se permite hablar de “luces y sombras en sus influencias”. De un lado, estaría el admirable José Arnaldo Márquez, a quien ya debiéramos llamar el mejor

traductor de Shakespeare en lengua española, y por otro, la curiosa traducción del erudito Nemesio Vargas, quien, junto a cierto esmero, se equivoca, pero nos divierte usando vocablos familiares y risibles. Por ejemplo, en la escena del cementerio, cuando Hamlet pregunta a quién van a enterrar, el sepulturero responde: “*Jajaylas*, a una que fue mujer”. Luego, entre los dos sepultureros se tratan de oye, oye, cholo, y por si fuera poco, cuando la Reina oye a Polonio decir que su hijo está loco, ella comenta:

– Válgame el señor. Polonio, menos espuma y más ginger-ale.

Por otra parte, no olvida la profunda obsesión de Chocano por crear y representar un nuevo *Hamlet*.

De entre los autores norteamericanos, aparecen nítidos los fragmentos de versiones peruanas de Fenimore Cooper, Washington Irving, Edgar Allan Poe, Walt Whitman, Mark Twain, y los respectivos comentarios de Núñez, culminando el largo ensayo con las nuevas versiones de Eugene O'Neill, Ezra Pound, T.S. Eliot (sin duda, el autor más influyente), Theodore Dreiser, Upton Sinclair, John Steinbeck y William Faulkner. Inclusive, Núñez adelanta juicios sobre posibles influencias de Dreiser sobre Vallejo y de Steinbeck sobre Ciro Alegría.

¿Por qué los escritores peruanos habrán leído con mucha atención a los norteamericanos? Hay una cita de nuestro colega Sebastián Salazar Bondy, recogida por Núñez y que dice así:

Tuve una formación esteticista a base de recuerdos *dadás*, surrealistas ... Eso enseña que lo único que importa es crear una obra de arte, es decir, algo bello. Posteriormente –a partir de mis lecturas de los realistas norteamericanos– llegué a la conclusión de que una obra de arte tiene validez en cuanto es reflejo de un momento histórico de la vida del hombre, y precisamente,

de la condición de estar limitada a una realidad, de ahí proviene su belleza¹.

Por una sola vez, y de paso, en este buen libro de 1956, Núñez cita a “Melville”, a secas, y nada más. Sin embargo, en su otro y monumental volumen sobre *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú* (1989), hay varios y excelentes capítulos sobre el notable autor de *Moby Dick*, *La ballena blanca*, la fascinante novela de 1851. Esta vez voy a permitirme comentar tales juicios y añadir mis propias ideas, incitado por el maestro Núñez, quien explicaba la notoria influencia de la ciudad de Lima, de su singular cielo y de algunas de sus costumbres sobre el propio Melville, al punto de que éste habría esbozado una especie de “teoría de Lima”².

Las miradas y observaciones de Melville sobre Lima se dispersan por varios de sus libros, aunque las principales se ven en *Moby Dick* y en *Benito Cereno*. Hablemos pues, de Lima y *Moby Dick*³.

El vínculo más continuo, rico y profundo es el cielo de Lima, que, al parecer, disgustaba a Melville por ser blancuzco, mortecino, indeciso y aun enfermizo, un cielo digno de herejes, o sea, de alguien que no cree en un Ser Supremo, un cielo que con su apacible aspecto provocaba y conducía a la angustia. En fin, repite aquello de “cielo sin lágrimas, pues que nunca producen lluvia”, como emblema de una *esterilidad*.

Decir esto es decir sólo la mitad menos interesante de las cosas. Profundicemos la cita que toma Salazar Bondy para su pequeño libro titulado *Lima la horrible* (1967):

¹ Estuardo Núñez, *Autores Ingleses, norteamericanos en el Perú*. p. 186.

² Ver Núñez, *op. cit.*, pp. 420-422.

³ Citaremos en adelante la edición de *Moby Dick*, Madrid, Bruguera. Tr. Julio C. Acerete, 1978.

Lima ... donde los muros de las casas se apoyan unos con otros como castillos de naipes ... no son todas estas cosas las que hacen de Lima la ciudad más triste que pueda contemplarse, sino *que es por su velado tono blanco*, aumentando la blancura el horror de su angustia. (M. Dick, 204).

Lima conserva nuevas sus ruinas, gracias a esta blancura, que no admite el verdor de las ruinas comunes, y que muestra, a lo largo de las decrepitas murallas, la lividez de una muerte convulsa. (M. Dick, 204)

Bien, pues encima de estos calificativos, cuyos extremos son el velo blanco, a un lado, y la esterilidad y la muerte, al otro, no debe olvidarse que el capítulo XLII, en que aparece esta suerte de invectiva, está dedicado íntegramente a las cualidades positivas y negativas de la blancura, en diversos paisajes del mundo, e incluso en paisajes del sueño y del inconsciente. Melville mismo enumera como explicación del terror a lo blanco dos razones: una, el inolvidable influjo de los “mares congelados y nocturnos teñidos por la blancura de la leche”⁴, imagen inolvidable para un marino y viajero a la Antártica como él. Habla de que el fantasma de las aguas blancas puede causar el mismo horror que la realidad de una aparición; y como *segunda razón*, dice que para “un indígena del Perú, la visión de los Andes ... encapuchados de nieve, nada tiene de terrible ... (excepto) si imagina la desolación de las nieves eternas a tales alturas, o en virtud del miedo que sentiría si se hallara extraviado en aquella inhóspita soledad”. Y añade que igual puede sentir un norteamericano en la pradera del Oeste, cuando ella se le presente “como un ilimitado horizonte cubierto por la blancura inmóvil de la nieve”.

Pero también, para el autor de *Moby Dick*, la blancura produce una admiración sana: “es sabido que la blancura, por

⁴ Ésta y los demás citas de *Moby Dick* corresponden al capítulo XLII del libro, pp. 199-207, titulado “La blancura de la ballena”.

su pureza, realza la belleza de muchas cosas naturales: mármoles, lacas, perlas..." Añade que "tanto los reyes bárbaros de la antigua Polinesia se definían, como 'señores de los elefantes blancos', así como los modernos reyes de Siam ostentan en su estandarte el mismo blanco cuadrúpedo. La bandera de Hanover lleva la imagen de un caballo blanco como la nieve. Y el gran imperio cesáreo de Austria, heredero de la tiranía romana, ha tomado asimismo ese color como símbolo de su poder imperial".

Ahora, como se ve, en las mismas páginas aumentan los elogios a la blancura, que es el símbolo de la pureza del poder divino... de la palabra que en latín significa blanco deriva el nombre de los vestidos sagrados, que los sacerdotes cristianos llevan sobre sus capas, como el alba y otros... En los fastos sagrados de la Iglesia romana, el blanco sirve para el oficio de la Pasión de Nuestro Señor". En la visión del evangelista Juan "los que se salvan llevan vestidos blancos. Y los ochenta ancianos vestidos de tal color nos son presentados de pie ante el gran trono blanco, en que se sienta el Todopoderoso, blanco también como la lana"⁵.

Las descripciones poéticas y elogiosas continúan: ahí está el indescriptible albatros, "el blanco, fantasma que vuela sobre todas las imaginaciones". Y enseguida, el caballo blanco de las praderas, que forja, según Melville, "el relato más celebre en nuestros anales del Oeste, un magnífico corcel lechoso, con grandes ojos, cabeza pequeña y pecho robusto, y tan soberbio como mil monarcas con su porte altivo y desdeñoso", caballo que al correr junto a otros forma "los ejércitos de las luces". ¿Existe un elogio, una admiración más grande a los animales de este color? ¿Y oiremos acaso una metáfora más bella al referirse a los mares del sur como a los de "ráfagas blancas"? ¿No son algunos marinos y viajeros también unos excelentes poetas?

⁵ Op.cit., p.201

Sin embargo de esta *dualidad* de significados, Melville afirma que “esta acumulación de todo lo que es bueno, honorable o sublime, “*no se contradice* con una especie de misterioso temor, que se esconde en la idea que suele formarse de este color, algo que sobrecoge el alma con un pánico horroroso mucho más que el rojo dramático de la sangre”. Pánico, sangre y horror, que son por supuesto el anticipo de la muerte, el otro extremo que se opone, pero que al mismo tiempo culmina y transfigura la vida. ¿Y después qué? “El aspecto de los difuntos es la palidez de mármol que los cubre, como si fuera el símbolo de la consternación ante la otra vida...”

Pánico, horror, muerte, pero también belleza y pureza de lo blanco, el color de la ballena, el enorme animal que es la materia y tema de esta novela apocalíptica, donde podrán desaparecer seres pequeños y débiles como nosotros, pero jamás la gigantesca ballena que, desde la cabeza a la cola, descrita y simbolizada por menudos fragmentos en el inolvidable texto, significa la eternidad de la vida bajo el cielo y el mar.

El conocido poeta francés Charles Baudelaire, tan afecto y tan buen admirador de Edgar Allan Poe, pudo muy bien inspirarse en el libro de Melville para escribir su poema “El hombre y la mar”, en el cual postula la identidad de ambos como “seres tenebrosos a la vez que discretos”. He aquí un fragmento del poema:

Hombre libre, ¡tú siempre preferirás la mar!
Es tu espejo la mar, y contemplas tu alma
En el vaivén sin fin de su lámina inmensa,
Y tu espíritu no es menos amargo abismo,
Y gozas sumergiéndote al fondo de tu imagen,
Tus miembros la acarician y hasta tu corazón
se olvida por momentos de su propio rumor,
Ante el hondo quejido indomable y salvaje⁶.

⁶ Chales Baudelaire, *Las flores del mal*, citado por Morton Dauwen Zabel, *Historia de la literatura norteamericana*, Buenos Aires, Losada, 1960, pp. 102-105. Hay otras ediciones.

Además de lo dicho, lo importante es que Núñez no sólo haya descubierto datos y actitudes de Melville en sus viajes, entre 1841 y 1843, por las costas de Chile y el Perú, sino que descubrió asimismo la identidad del protagonista, del fanático, mesiánico, atrabiliario y desaforado Capitán Ahab, cuyo modelo real sería el capitán de la marina Valentine Pease; y como si fuera poco, Núñez también ha descubierto las correrías del conocido capitán Delano, hombre real y personaje de la novela *Benito Cereno*, y en tercer lugar, el crítico peruano también encontró fuertes lazos entre Melville y su amigo el pintor William H. Meyers, cuyos paisajes y acuarelas confirman imágenes y símbolos de los textos literarios, pues Meyers fue alguna vez compañero de viaje de Melville, además de respetado amigo.

En resumen, cuando, en el mundo de Melville, Lima entra en su relación de ciudades, lo hace, sobre todo, por la apariencia y por el significado de su cielo y por su blancura. Así como Baudelaire tiene una teoría de vínculos entre los perfumes, colores, y sonidos, así como Rimbaud tiene su teoría de vocales, colores de oscuridad y blancura de vapores, glaciares, de sangre, de risa y labios, así Melville tiene una notable y coherente teoría de la blancura, para él siempre inmersa en el Bien y el Mal; la blancura como concepto dual, bifronte, ganado por los dos extremos; en uno están la belleza, la pureza, la atracción mística, el paraíso en el mundo real; en el otro están el pavor y el terror, la angustia, o el simple malestar del rechazo. Así, caben en los ejemplos de la blancura, las perlas, el marfil, los huesos, el hábito sacerdotal, el famoso caballo indio de las praderas norteamericanas, las nieves monumentales de los Andes, los misteriosos animales como el albatros, el elefante blanco, el tiburón, y las ciudades de Venecia y de Lima, puestas en el mismo rango de atracción y repudio, por ser vínculos con el bien y el mal.

Dicho sea en concreto, el blanco es el color del misterio, pues, según Melville, "el blanco quizá sea menos un color que una ausencia del mismo, a la vez que una mezcla de todos los

colores". Y luego él se pregunta: "¿Es esto lo que en definitiva confiere su sentido de vida al mudo vacío de un vasto paisaje nevado, ese algo sin color o coloreado por *la ausencia de Dios*, lo que nos hace retroceder de espanto?" Y en fin, dice que "los demás colores de la tierra sólo son sutiles ilusiones".

Por todo ello, si un valioso escritor peruano como Sebastián Salazar Bondy transcribió sólo un extremo de aquel concepto dual de la blancura, es porque deseó subrayar algo a sabiendas *unilateral*, pues en *La ballena blanca* aparece como un concepto lleno de equilibrio por el otro significado opuesto. Y por lo demás, reconozcamos también, por último, a Estuardo Núñez, el haber subrayado la niebla y sus dos caras del bien y del mal, la niebla y su mundo indeciso, dudoso, que le sirve muy bien a Melville para pintarnos el misterio tanto del tema como de los co-protagonistas Amasa Delano y Benito Cereno en esa otra novela, asimismo celebrada y plausible, la novela que une a la vez las costas del Perú y Chile. Ahí, en *Benito Cereno*, Melville se vuelve historiador de viajeros testimoniales, pero donde asimismo despliega su imaginación y la confunde con la búsqueda del misterio de la vida y de la muerte.